

Peccata minuta

Homenaje a Catalunya

JOAN
Ollé



En los años 30 del pasado siglo, cuando Barcelona no era todavía puerto internacional de cruceros ni capital mundial del móvil, tuvimos algunos turistas de excepción como **Jean Genet** y **Eric Arthur Blair**, alias **Georges Orwell**. Mientras **Genet** iba arrastrando su delincuente homosexualidad por la putridéz del Raval en busca de comida, **Orwell** decidió jugarse la vida de otro modo: llegado a Barcelona el día de Sant Esteve del 36, el briga-

dista internacional se alistó de inmediato en el troskista POUM, aunque acabase abrazando los crueles ideales de la FAI. («*Quanta, quanta guerra!*») como nos dejó escrito la ferroz **Rodoreda**).

En su *Hommage to Catalonia*, **Orwell** escribe su amor a la revolucionada Barcelona de la época: «Camareros y dependientes miraban al cliente cara a cara y le trataban como a un igual. Las formas serviles e incluso ceremoniosas del lenguaje habían desaparecido. Nadie decía 'señor', o 'don' y tampoco 'usted'; todos se trataban de 'camarada' y 'tú', y decían '¡salud!' en lugar de '¡buenos días!'» Nuestra guerra civil dejó una indeleble huella en él: «Cada línea en serio que he escrito desde 1936 ha sido escrita, directa o indi-

rectamente, contra el totalitarismo y a favor del socialismo democrático como yo lo entiendo».

Ya en 1949, **Orwell** publicó su muy profética ficción 1984 donde se pueden leer estas líneas: «El nacionalismo es el hambre de poder alimentado por el autoengaño; no solo no desaprueba las atrocidades cometidas por su propio lado, sino que tiene una extraordinaria capacidad para ni siquiera oír hablar de ellas»; «los mitos que son creídos tienden a convertirse en verdaderos. Los mejores libros son los que nos dicen lo que ya sabemos»; «la cordura no depende de las estadísticas. Si el líder dice que dos y dos son cinco, pues dos y dos son cinco. Esta perspectiva me preocupa mucho más que las bombas»; «el pensamiento

corrompe el lenguaje y el lenguaje también puede corromper el pensamiento»; «si se se permitiese a la gente entrar en relación con extranjeros, descubrirían que son criaturas iguales a ellos en lo esencial y que todo lo que se les ha contado es mentira»; «*doblepensar* significa el poder de mantener dos creencias contradictorias a la vez, y aceptar ambas»; «en tiempos de engaño universal, decir la verdad es un acto revolucionario»

Llámenme descontextualizador, pero las palabras de **Orwell** sobre la Barcelona del 36 me resultan tan fotográficas como las redactadas 13 años más tarde en 1984 acerca de lo que, en su misma Catalunya, está sucediendo ahora. No sugiero en manera alguna que estas líneas no sean aplicables a España y al planeta en general, pero... ¡sabe tan mal, con lo guapos que dicen que fuimos, haber caído tan bajo! ≡

La hoguera

JUAN
Soto Ivars



Caperucita y las lobas feroces

Betevé emitía el martes un reportaje fascinante. Tres madres, autodenominadas Comisión de Género, repasan uno a uno los cuentos de acceso infantil de la biblioteca de la escuela Táber del barrio de Sarrià. Aplicadas, como estudiantes de primera fila de las que preguntan con agobio extremo si hay que presentar el trabajo con clip o con grapa, estas madres se dedican a colocar palotes en una tabla según valoran ellas los niveles de veneno machista de cada libro. Los más venenosos, fuera.

¿Hallan un delicioso volumen del *Mein Kampf* ilustrado? ¿Un cuentecito llamado *Diviértete con el mini-Henry Miller*? ¿El fabuloso *Gerónimo Stilton conoce a Paris Hilton*? No. Eliminan cuentos como *Caperucita* o *La bella durmiente* y *La leyenda de Sant Jordi*, porque ellas están en contra de que un príncipe rescate princesas utilizando la brutalidad. En la utopía de estas madres, la brutalidad la ejercen ellas, empezando por eliminar libros.

El utopista es un ciego paranoico que halla conspiraciones hasta en 'Los tres cerditos'

Sacar libros a coces de una biblioteca dejó de considerarse un método educativo con la caída de la URSS, el franquismo y otros regímenes que compartieron el delirio de crear al hombre nuevo desde sus cimientos, pero las utopías renovadoras han vuelto. El utopista es un ciego paranoico que halla conspiraciones hasta en *Los tres cerditos* y que no duda en reforzar su prejuicio. Y otras escuelas han anunciado que seguirán su ejemplo.

Ni siquiera siquiera entraré a discutir qué clase de valores transmite *Caperucita*, cuento ideado para enseñar a los niños que tengan cuidado con las adulaciones de los extraños (¿se entendería mejor si en vez del lobo fueran los cinco de *La manada*?). Porque detrás de esta iniciativa se lee, entre líneas, una derrota absoluta: la aceptación de que no se dispone de tiempo para estar con los hijos, para leer con ellos, para explicarles, llegado el caso, que los valerosos príncipes de los cuentos también pueden ser mujeres si uno le echa un poquito de imaginación.

Ejemplo: *Caperucita* iba a leer a la biblioteca de su abuelita y de pronto aparecieron tres lobas feroces. ≡

LOS SÁBADOS, CIENCIA

El verde asesino

El pigmento de Scheele se usó en los papeles pintados de la época victoriana hasta que se vio su toxicidad

ADELA

Muñoz Páez



Al comienzo del siglo XXI asociamos arsénico con veneno. No obstante, durante varios siglos los compuestos del arsénico o *arsenicales* fueron las medicinas milagrosas capaces de curar todos los males. No sabemos cuántas muertes causaron estas *medicinas*, pero sí sabemos que un pigmento descubierto a finales del siglo XVIII, el *verde Scheele*, tiene muchas en su haber.

Karl Wilhelm Scheele (Stralsund, Suecia, 1742) fue un droguero-farmacéutico que, pese a no tener educación superior ni un buen laboratorio, hizo tantos descubrimientos que merece ocupar un puesto de honor en la historia de la química. Fue el primero en aislar el oxígeno por descomposición del óxido de mercurio, obtener fósforo de los huesos y describir el efecto de la luz sobre las sales de plata, fenómeno precursor de la fotografía. También descubrió los elementos bario, manganeso, molibdeno y cloro y muchos compuestos. Pero lo que le hizo rico fue el descubrimiento de un pigmento verde tan hermoso. Se trataba del arsenito ácido de cobre, *verde Scheele*, que fue usado durante décadas por pintores tan famosos como **Joseph Turner** y **Edouard Manet**, y estuvo presente en los hogares de la época victoriana en los papeles pintados con el famoso diseño Trellis del inglés William Morris.

Ya en 1839 el químico **Gmelin** ha-



MONRA

bía advertido en un periódico berlinés que pasar mucho tiempo en habitaciones con ese papel en ciudades de clima húmedo era malo para la salud. Pero los intereses de la floreciente industria británica de los papeles pintados acallaron sus advertencias. Poco después, un médico irlandés volvió a advertir del peligro de vivir en habitaciones de este tipo y sugirió que el pigmento podría desprenderse en forma de polvo fino que podía ser inhalado.

EN LA REVISTA científica inglesa *The Lancet* se publicaron varios artículos donde se informaba de la enfermedad misteriosa que estaba matando a niños que pasaban mucho tiempo en habitaciones decoradas con papeles verdes. Se explicaba que la presencia del pigmento verde solo entrañaba riesgo en caso de que hubiera un ambiente muy

húmedo, pero no se identificaba el compuesto asesino. Hubo numerosas campañas para dejar de emplear pigmentos que contuvieran arsénico, pero no tuvieron éxito porque en esa época los arsenicales eran aún unas *medicinas* muy empleadas y el brillante *verde Scheele* seguía estando rabiosamente de moda. Una ventaja añadida era que las habitaciones decoradas con estos papeles estaban libres de chinches, animalitos molestos pero más sabios que las personas a la hora de elegir decoración.

En 1891 el químico italiano **Barotolome Gosio**, preocupado por la muerte de varios niños, cultivó hongos y bacterias sobre puré de patatas aderezado con trióxido de arsénico en sótanos húmedos, y obtuvo un arsenical gaseoso que mató a un ratón en pocos minutos. El mal que aquejaba a los habitantes de casas de entornos húmedos decoradas con pa-

pel con *verde Scheele* se llamó enfermedad de **Gosio**, pero no se identificó al culpable. En 1931 el químico inglés **Challenger** investigó la muerte de un niño y encontró que el misterioso asesino era la trimetilarsina, compuesto muy parecido a los que él mismo estudiaba. Este descubrimiento significó el fin de la distribución en Gran Bretaña de los papeles pintados con este pigmento, pero siguieron exportándose durante bastantes años; el negocio era el negocio.

¿Cómo se transformó el precio *verde Scheele* en el asesino gaseoso? La humedad del clima inglés favorecía el crecimiento de un hongo que se alimentaba de la pasta de harina usada como adhesivo de las tiras de papel a la pared. Y estos hongos se dedicaban a transformar los enlaces As-O del arsenito (AsO3⁻) de cobre en enlaces As-C, dando lugar a un compuesto gaseoso, la trimetilarsina, As(CH3)3, extraordinariamente tóxico, que pasó a impregnar la atmósfera de las habitaciones decoradas con el papel pintado, envenenando a las personas que vivían en ellas.

Por su brillante color y su toxicidad oculta, el *verde Scheele* me ha recordado a la mamba verde, serpiente venenosa del África oriental. A pesar de que había sido un excelente negocio, el pigmento dejó de producirse a mediados del siglo XX. Sin embargo conviene mantenerse alejados de la mamba verde, que sigue fascinándonos con su brillante color y su sinuosos e impredecibles movimientos. ≡

Catedrática de Química Inorgánica de la Universidad de Sevilla y miembro de la Red de Científicas Comunicadoras.